

dad, ¿qué prevenciones se hacen? ¿qué precauciones se toman?

Señor, ¿y después de todas estas reflexiones incurriré yo en la misma falta? No, dulce Jesús mío, no quiero yo más arriesgar mi salvación. De hoy en adelante miraré el día presente como si fuese el postrero de mi vida; viviré, mediante vuestra divina gracia, como si en aquel día hubiera de morir.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que siempre tenga presente la brevedad de la vida, y la incertidumbre de la hora de la muerte. (*Psalm. 101.*)

No me corteis, mi Dios, en medio de la carrera. (*Psalm. 101.*)

PROPOSITOS.

1 Pudiendo ser cada día el último de la vida, ¿no será la mayor de todas las locuras, que se pase un solo día sin pensar en la muerte? ¿Y has pensado mucho en ella? Cada día puede darse la sentencia en el proceso de que pende tu felicidad, ó tu infelicidad eterna. Piensa todas las mañanas si están los autos bien preparados; si serán, ó no serán menester nuevas luces, nuevos documentos; si te resta algo que hacer, para ponerlos en buen estado. Todo cuanto se presenta á la vista es imagen, ó á lo menos recuerdo de la muerte. Ruinas de edificios antiguos, magnificencia de los nuevos, revolucion de las estaciones, sucesion regular de las horas y de los días, rapidez del tiempo, cursos de los astros; todo nos está predicando la muerte con lengua muda. Las modas que ya no se usan, los muebles que se gastan, las historias, las pinturas, todo es recuerdo de la muerte. Pues no seas tú solo el que echas de tí este pensamiento: da oídos á todo lo que te esté clamando que también tú has de morir. Fuera del crucifijo, que debes tener destinado para que te ayuden á bien morir con él en la hora de la muerte, y el que has de tener siempre á la vista mientras vivas, usa de ciertos pensamientos prácticos, que son muy propios para disponerte á buena muerte. Primero: algunos tienen escrita al pié del crucifijo sobre la mesa, ó en el estudio esta sentencia: *Está siempre prevenido, porque en la hora, que no piensas, vendrá el Hijo del hombre.* Segundo: otros tienen una calavera, ó junto á la cama, ó á lo menos en el oratorio, y nunca ponen los ojos en ella sin hacer algunas reflexiones sobre la muerte. Tercero: ha habido muchas piadosas señoras, que teniendo prevenida la mortaja con que han de ser enterradas, la guardan entre sus galas, para que siempre que van á buscar

éstas, se acuerden de la que han de llevar á la sepultura. Cuarto: algunos leen una vez cada mes su testamento, no solo para examinar si están bien arregladas todas sus disposiciones, y si hay alguna cosa que mudar, sino particularmente para traer á la memoria la sepultura que escogieron, y la casa donde han de vivir hasta el día de la resurreccion. Aprovéchate de estas piadosas industrias.

2 Puesto que la hora de la muerte es incierta, y que ciertamente por mas vigilante que estés, siempre te ha de coger de improviso; guárdate bien de dilatar para la hora de la muerte lo que tú mismo puedes hacer en vida: v. gr. confesiones generales, ó extraordinarias, reconciliaciones con los enemigos, y restituciones. Desengañate, que la última enfermedad solo es oportuna para ejercitar la paciencia. No nos manda el Salvador que nos dispongamos entonces, sino que estemos ya dispuestos. Examina si te resta algo que hacer, y descende á cosas particulares. Mira bien que regla, que buena obra, que devocion has omitido. Ofrece hoy alguna oracion, ó alguna limosna por las ánimas del purgatorio. Estas que parecen piadosas menudencias, esa reforma de costumbres, y de conducta te colmarán de alegría en aquella última hora, y te librarán de muchos amargos remordimientos. No te contentes con que te parezcan bien estos consejos, pasa á ponerlos en práctica. La vista de la sepultura es una medicina muy eficaz para curar las dolencias del alma. No hay pasion que no se modere cuando se piensa en la muerte.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SANTA EULALIA, virgen, en Barcelona en España, la cual en tiempo del emperador Diocleciano, pasó por los tormentos del caballete, de los garfios de hierro y de las llamas: y finalmente clavada en una cruz, recibió la gloriosa corona del martirio. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN DAMIAN, soldado y mártir, en Africa.

LOS SANTOS MÁRTIRES MODESTO Y JULIANO, en Cartago.

SAN MODESTO, diácono y mártir, en Benevento.

LOS SANTOS NIÑOS MODESTO Y AMONIO, mártires, en Alejandria.

SAN MELECIO, obispo, en Antioquia, el cual fué muchas veces desterrado por defender la fe católica, y últimamente murió en Constantinopla: sus virtudes las publicaron con grandes elogios S. Juan Crisóstomo y S. Gregorio Niseno.

SAN ANTONIO, obispo, en Constantinopla, en tiempo del emperador Leon VI.

SAN GAUDENCIO, obispo y confesor, en Verona.

SANTA EULALIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

SANTA Eulalia, gloria inmortal del principado de Cataluña, blason el mas honorífico de su patria, celeberrima por su magnanimidad en los tormentos mas terribles, uno de los prodigios del valor, que dieron los cristianos en tiempo de las persecuciones gentílicas, tan distinguida por su heroica intrepidez, que siendo su memoria la admiracion de los siglos futuros, fué entonces su constancia el asombro de los mismos paganos, nació en la ciudad de Barcelona, de padres mas distinguidos por su religiosidad, que por la nobleza de su sangre; los cuales vivian en un pueblo propio, inmediato á la capital, sirviendo de ejemplo á los naturales. Tuvieron gran cuidado en dar á la niña una educacion cristiana; pero su bello natural, é inclinacion á lo bueno facilitaron mas que todo el efecto de sus deseos, amándola en extremo por su humildad, y extraordinaria sabiduría. Persuadida la madre, que las primeras impresiones en los niños contribuyen no poco al resto de la vida, se aplicó desde luego á imprimir en su corazon los grandes dictámenes de la religion cristiana, y conociendo por su anticipada devocion, docilidad y candor, que el Señor la eligió para sí, interesándose en fomentar sus piadosas inclinaciones, procuraba, que en las labores de manos bordase imágenes de los Santos, y con especialidad de la Virgen Santísima, haciéndola que en todas diese principio con la señal de la cruz, á fin de estender su afecto por este medio para con aquel Señor, que en un sacrosanto leño nos redimió del pecado, y de la muerte eterna. De este ejercicio resultó en Eulalia una devocion singularísima á la Reina de los Angeles, y nada inferior á los misterios de nuestra reparacion, en los cuales meditando cierto dia, tuvo el honor de que un ángel la certificase como Jesucristo la habia elegido por esposa suya, prometiéndola en dote el triunfo de la cruz. Recreada con favor semejante, abrasada desde aquel momento en la llama del amor divino, olvidada enteramente de los entretenimientos pueriles, reducía sus diversiones á congregar las niñas de su edad, para que rezasen, y cantasen en su compañía alabanzas á su Esposo amado.

Hacia cada dia Eulalia progresos admirables en la virtud, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron con-



STA. EULALIA V. Y M.

tra la Iglesia una de las mas terribles persecuciones. Enviaron á España por su lugarteniente á Daciano, hombre bárbaro, é inhumano, encaprichado como ninguno en las supersticiones gentílicas, muy á propósito para la ejecucion de sus perversos intentos, el que queriendo de un golpe aterrar á los cristianos, cuyo nombre tenia orden de extinguir juntamente con la religion, al llegar á Barcelona hizo fijar sus edictos, mandando prestasen todos los fieles adoracion á los dioses del Imperio so pena de padecer los mas terribles tormentos. Puso en consternacion á toda la ciudad semejante providencia; pero entendida de Eulalia, la tuvo por señal del combate para que era llamada, á fin de dar pruebas de su fe, y fortaleza cristiana, y aunque á la sazón no contaba mas de trece años, se sintió abrasada en vivísimos deseos de padecer martirio. No pudo disimular el extraordinario regocijo que causó en su corazón nueva tan agradable; y sin manifestar el motivo á persona alguna, dió á Jesucristo repetidas gracias, porque le preparaba ocasion de padecer por su amor.

Sin noticia de sus padres salió á media noche de su casa, acompañada solo del espíritu, que la animaba, caminando para la ciudad á pié descalzo: llegó á ella en la siguiente mañana, y sin detenerse en parte alguna, se dirigió á la plaza, donde estaba sentado Daciano en su tribunal, á quien habló en alta voz, con generosa resolucion, las siguientes palabras: *¿Como te sientas, juez inicuo, en lugar tan eminente sin temor del Altísimo, que es superior á tus Príncipes, á ti, y á todos los hombres, que crió á su imagen y semejanza, para que á solo él sirvan, y reverencien? ¿Por qué solícitas, inspirado del demonio, que se tributen á éste los cultos debidos al Dios verdadero, obligando á los cristianos á fuerza de crueldades, que así lo ejecuten contra razon, y justicia? Quedó sorprendido el bárbaro al ver la intrepidez de la santa doncella, que en el aire, y modales mostraba ser persona de calidad; y vuelto á ella con semblante airado la preguntó: *¿Quién eres tú, que te atreves no solo á venir á mi tribunal sin ser llamada, sino á proferir injurias contra los Emperadores á presencia de su lugarteniente? Yo soy Eulalia,* respondió la Santa con el mayor espíritu, *sierra de Jesucristo, Rey y Señor de los reyes, y señores del mundo, que confiada en su proteccion, he venido voluntariamente á reprehender tus brutales é injustos procedimientos, pues posponiendo al verdadero Dios, de quien son el cielo, y la tierra, mar, y todas las criaturas, quieres obligar á los cristianos con inhumanos tormentos, á que sacrifiquen á unos dioses, que no son sino**

demonios, con los cuales todos vosotros, que les dais culto, seréis abrasados en el fuego eterno del infierno.

No es fácil explicar la ira que concibió Daciano al oír tan valerosa reconvencción; y montado en cólera, mandó al momento, que los verdugos la atormentasen en un potro con la fiereza posible, hasta derrotar sus carnes; y puesta en el suplicio Eulalia, decia con alegre semblante: *Señor mio Jesucristo, oye á tu sierva, que solo pecó contra tí: perdona mis culpas, y confortame en los tormentos que padezco por tu santo nombre, para que el demonio con sus ministros queden confundidos. ¿Donde está al que clamas? la dijo el tirano: óyeme, necia niña, sacrifica á los dioses, si quieres tener vida, pues de lo contrario no habrá quien te libre de la muerte. Jamás prestaré oídos á tus palabras,* respondió llena de placer la Santa, *sacrilego, perdido, y endemoniado, dirigidas á separarme de la fe que profesó: sabe, que mi Señor, á quien clamo, es el que me asiste, al que tú no mereces ver, ni conocer por la inmundicia de tu alma, y ceguedad de tu entendimiento; él es el que me conforta, y por cuya virtud desprecio cuantos tormentos pueda inventar tu barbarie.*

Bramaba Daciano como un fiero leon al verse vencido por una tierna doncella; y sin embargo de que en las primeras pruebas pudo muy bien conocer, que aquel por quien padecia la asistia con fuerzas sobrenaturales, con todo, deseoso de vengarse, mandó que teniéndola colgada aplicasen hachas encendidas á sus costados para que la abrasasen las llamas. Pero burlándose Eulalia de invencion tan inhumana, decia con David: *Mi Dios me ayuda, y mi Señor me sostiene. Yo, Señor, te ofrezco voluntariamente mi vida en sacrificio, y jamás dejaré de confesar tu santo nombre, porque me libraste de toda tribulacion, haciendo vieses mis ojos los triunfos, que conseguí de mis enemigos.* Sucedió así con efecto, pues al instante se convirtieron contra los mismos verdugos las llamas. En vista de lo cual, mirando al cielo la Santa oró en los siguientes términos: *Señor mio Jesucristo, perfecciona en mí tu misericordia, recíbeme en la gloria entre tus escogidos, haz conmigo uno de tus admirables prodigios, para que los que en tí creen, vean y alaben tu infinito poder.* Finalizada esta deprecacion, se apagaron al momento las hachas, cayeron en tierra turbados los ministros ejecutores, y entregó Eulalia su espíritu en manos del Criador; pero apenas espiró, se vió salir de su boca una paloma de extraordinaria blancura, tomando vuelo hácia el cielo: de cuyo prodigio fueron testigos los mismos paganos, y nadie dudó fuese sím-

bolo de su alma, que iba á recibir la corona en la patria celestial.

Burladas todas las invenciones de Daciano, se quiso vengar con mandar quedase el venerable cuerpo en el patíbulo para que fuese pasto de las fieras; pero aquel Señor, que libró á su sierva de mayores crueldades, hizo que descendiese del cielo una copiosa nieve, capaz de impedir el atentado, y de aterrar á los guardas puestos para su custodia, con cuyo motivo pudieron los cristianos recoger su cadáver, y darle sepultura.

La ejecucion de este martirio fué á los 12 de febrero por los años 303 ó 304; y se discurre, que por el temor de la persecucion sepultaron entonces el cuerpo de la Santa en algun domicilio privado, ó casa de un particular; bien que, despues que cesó la tempestad, se depositó con magnificencia en la iglesia de nuestra Señora del Mar, estramuros de la ciudad, donde le ocultaron los fieles en la irrupcion de los Arabes, temerosos de que cayese en sus manos sacrilegas tan precioso tesoro. Allí permaneció oculto hasta el año de 878, que hizo en su busca Frondomo, obispo de Barcelona, las mas esquisitas diligencias, interesando para su descubrimiento á los naturales con un ayuno general de tres dias en honor de la Santísima Trinidad: é ilustrado por un himno antiguo de la Santa, pasó al templo dicho á celebrar de pontifical, y hacer fervorosa oracion para el efecto. Concluido el sacrificio, tocando con el báculo pastoral en un lado del altar, se halló al venerable cuerpo, el cual despedia un olor y fragancia singular, que llenó de consuelo á todos los concurrentes.

Conducido con la mayor pompa y solemnidad procesionalmente á la ciudad, al tiempo de entrar por sus puertas, sucedió el prodigio de hacerse inmóvil, hasta que el prelado, y principales del clero le tomaron sobre sus hombros, llevándole así hasta la catedral de Santa Cruz. En el dia octavo siguiente á la invencion, que celebra la iglesia de Barcelona en el 23 de octubre, se dispuso trasladar tambien el arca de plomo donde estuvo depositado el cadáver, la cual no se pudo mover por fuerza alguna hasta que confesó un sacerdote haber robado de ella para reliquia un dedo de la Santa. Quiso el obispo probar su identidad, y poniéndole en el fuego, salió de él sin la menor lesion. En el altar mayor de Santa Cruz permaneció el tesoro hasta el año 1334, en el que, con motivo de ampliar aquella iglesia el obispo Abella, fué depositado en la sacristia del mismo templo, desde donde con regio aparato, magnificencia y acompañamiento del rey D. Jaime, reina, principes, abades, nobles, y concurso de

todo el principado, se trasladó á la capilla erigida en honor suyo, donde se conserva en una urna de mármol, sostenida de ocho columnas de la misma especie con la siguiente inscripcion: *Aquí yace el cuerpo de Sta. Eulalia, virgen y mártir de Jesu-cristo, puesta en este vaso á los 15 de julio de 1309.*

LA TRASLACION DE SAN EUGENIO, ARZOBISPO DE TOLEDO Y MÁRTIR.

ENTRE las muchas reliquias preciosísimas que posee la santa iglesia de Toledo, es una el brazo de su arzobispo y mártir S. Eugenio, cuya traslacion celebra este dia; y sucedió del modo siguiente. El arzobispo D. Ramon Frances, que de arcediano de Toledo y obispo de Osma sucedió al gran prelado D. Bernardo, tuvo que asistir al concilio de Ruan convocado por Eugenio III. Detúvose en París con el objeto de visitar los templos de esta ciudad, y adorar las reliquias que en ella se guardaban; y llegando á la iglesia de S. Dionisio, dió con el sepulcro en que se veneraba el cuerpo de S. Eugenio. Vuelto á Toledo refirió al emperador D. Alfonso VII el gozo que tuvo con el hallazgo de este tesoro. Poco despues cuando D. Luis VII rey de Francia pasó á Toledo, el emperador, que era suegro suyo, le pidió alguna reliquia del santo Prelado, y el rey Luis agradecido á la buena acogida que los españoles le hicieron, envió en una arca muy rica el brazo derecho de este Santo, escogiendo por guarda y embajador para que lo trajese, al abad del monasterio de S. Dionisio, persona de grandes prendas.

Cuando la reliquia llegó á Toledo era ya muerto el arzobispo D. Ramon, y le habia sucedido D. Juan, obispo de Segovia, el cual, con el emperador y sus hijos y el clero y toda la corte y el pueblo, le salieron á recibir; y el emperador con sus dos hijos y un grande del reino llevaron en sus hombros el arca hasta colocarla en la santa iglesia, en un trono que estaba destinado para este fin.

Esta primera traslacion fué el año 1156, á los doce dias del mes de febrero. De la segunda hablaremos en noviembre.

La misa es en reverencia de Sta. Eulalia, y la oracion la que se sigue:

Suplicámoste, Señor, nos al-bienaventurada virgen y mártir
cances el perdón de nuestros pe-Sta. Eulalia, que tanto te agradó,
cados por la intercesion de la así por el mérito de su castidad,

como por la ostentacion que hizo poder. Por nuestro Señor, etc.
zo su constancia de tu infinito

La Epistola es del cap. 51 de los Proverbios.

La fortaleza y el decoro ha- das. El gracejo es falaz, y vana
cen el adorno (de la mujer fuer- la hermosura: solo la mujer que
te), la que se alegrará en el teme á Dios será alabada. Re-
último dia. Abrió la boca á la munerarla con el fruto de sus
sabiduria, y la ley de la clemen- manos, y sus mismas obras la
cia residió en su lengua. Otras celebren en las puertas de las
muchas mujeres juntaron ri- (ciudades.)
quezas, pero tú escediste á to-

REFLEXIONES

Está vestida de fortaleza y de hermosura. No hay cosa mas superficial, ni menos sólida que la hermosura del cuerpo. Es mucha pobreza de entendimiento y aun de corazon hacer vanidad, y mucha mas hacer mérito de ella; porque mas tiene de imaginaria que de real. No hay cosa mas dependiente de las extravagancias del gusto: si no la animan el espíritu y la virtud, á lo mas es una bella estatua, salvo que no tiene su duracion, ni su firmeza. Basta una calenturilla; una enfermedad de pocos dias, y aun de pocas horas para marchitar aquella flor pasajera; y cuando falten estas, no es menester mas que la edad para ir abultando, descomponiendo, y desconcertando aquellas delicadas lineas en que consistia toda la hermosura de la bella imágen. Sin embargo, este es aquel idolillo de todas las personas del otro sexo. Ya siquiera nos contentáramos con que no llamasen por auxiliar al arte, para suplir lo que falta á la naturaleza. ¿Mas de qué artificios no se vale una mujer para parecer lo que no es? ¿De qué estudio para brillar, para deslumbrar, y para agradar? ¿Si pondrá tanto en edificar y en parecer buena cristiana? ¿Pero quién no sabe que la hermosura sin la virtud es una máscara que se gasta, ó se cae? Y en cayéndose la máscara ¿quién puede ver sin horror lo que se escondia detrás de ella? Hay pocos hombres de juicio que conozcan la máscara, y que no la desprecien. No hay cosa que parezca peor que la afectacion de parecer bien: ¿qué mérito darán á la persona las modas, las galas, los vestidos ricos, ni aquel desden, aquel orgullo, aquella afectada fiereza en las preciadas de lindas? Solo sirven para que se conozca mejor lo mucho que las falta, y sobre todo su

corta capacidad y el desórden de sus costumbres. La profanidad de los vestidos es una lastimosa vanidad, pero es vanidad de moda. ¿Qué importa que la condene el espíritu de la religion cristiana, si el espíritu del mundo la aprueba y la autoriza? Hasta nuestros tiempos habia sido la modestia una de las prendas mas estimables en una mujer cristiana; pero ya parece que esta virtud se ha desterrado de aquellas que se llaman señoras y mujeres de distincion. *Elevate sunt filie Sion, et ambulaverunt extento collo.* Las hijas de Sion, dice el Profeta, haciendo una pintura de las mujeres de nuestros tiempos; las hijas de Sion han tomado un bello aire, andan con mucha fiereza, muy levantadas de cabezas, muy cuellierguidas, mostrando el orgullo y la preñuncion en todos sus movimientos: sus gestos, sus acciones, sus meneos, su modo de mirar, y su gusto en el vestir, todo está publicando la mas ridicula, y la mas lastimosa vanidad. Observa, dice el Profeta, con qué afectacion van moviendo los pasos, y estudiando los meneos: *Et composito gradu.* ¡Válgame Dios! ¿cuándo hemos de acabar de creer que todo el mérito de una mujer consiste en la virtud? ¿Cuándo hemos de convencernos á que su mayor, su único y su verdadero elogio lo han de hacer su recato, su modestia, su retiro, su devocion, y la constante aplicacion á las labores del sexo, y al cumplimiento de sus obligaciones? Brilla, es verdad, una mujer mundana con su profanidad, con sus galas, con su vanidad, con su ostentacion; ¿pero esta brillantez dura hasta la sepultura? ¿Se zumba con la muerte, manteniendo aquel buen humor, aquel desembarazo, aquella libertad con que en sana salud se burlaba de las verdades mas terribles de la religion? Imagínate un conjunto de todas las perfecciones: añade á él todas las riquezas: junta á este cúmulo el tren mas ostentoso, los mas magníficos equipajes: todo se acaba, todo se desvanece en la postrera hora. Solo la virtud es respetable: ella sola es la que brilla despues de la muerte.

El Evangelio es del cap. 6 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo prevenia á sus discípulos que se aprovecharan de su ilustracion, les habló con este símil: Tu ojo es la antorcha de tu cuerpo, y si aquél fuere sencillo, todo tu cuerpo estará luminoso. Pero si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo estará oscuro; ¿luego si la luz que hay en tí son tinieblas, las mismas tinieblas, cuántas serán?

MEDITACION.

Del pecado de impureza.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay pecado mas universal, pero tampoco le hay cuyas heridas sean mas profundas ni mas mortales, que el pecado de la impureza. Vióse Dios como obligado á anegar á todo el universo en las aguas del diluvio, porque todo él se habia manchado y corrompido con este pecado. Solo diez justos pedia el Señor en Sodoma para detener el fuego que habia de reducir á cenizas todos sus habitantes; y no se hallaron en cinco grandes ciudades diez solas personas que no estuviesen manchadas con esta culpa. Pregunta: ¿está el mundo mas exento de ella el dia de hoy? ¿Reina hoy mas en el mundo la virtud de la pureza? ¿Qué edad se halla á cubierto de este abominable pecado? ¿Qué estado, qué condicion, qué sitio, ni qué desierto, donde no se deba estar en vela contra él? Es un enemigo doméstico, contra el cual siempre es menester estar con las armas en la mano, porque no da golpe, no hace herida que no sea mortal. Todo pecado de impureza es grave, por eso ningun otro condena tantos hombres cada dia: ella es la causa mas universal de la condenacion de los hombres. La impureza por lo comun, no como quiera es señal de la reprobacion; en cierta manera es como principio de ella. ¡Qué tinieblas, qué ceguedad causa en el alma! ¡Qué insensibilidad en todo lo que toca á la religion! ¡Qué dureza en el corazon! Embrutece al alma, y no hay cosa que mas desfigure aun al hombre de mayor entendimiento que este pecado. Parece que apaga el espíritu, que oscurece la razon, que estraga el mejor genio, que muda el corazon, y que trasforma todo el hombre. Con efecto, el espíritu mas brillante, el mas noble corazon, el genio mas apacible, el alma mas racional, la mas despejada, la mas atenta, la mas culta, en menos de nada bastardea, se perverte, y se entorpece por la impureza. El que se entrega á este vicio luego muda de aire, de modales, de máximas, de principios: el ánimo se afemina, piérdese la sinceridad, desvanécense todas las buenas prendas, y sobre todo visiblemente se va apagando la fe, porque no hay pecado mas enemigo de la religion. Recórranse todas las sectas de los herejes, ninguna se hallará que no deba á este vicio su nacimiento, ó por lo menos sus progresos: estragado el corazon por la impureza, fácilmente se apodera el error de la razon. Concíbese tanto horror á la ley de

Jesucristo, que no se puede sufrir la doctrina de su Iglesia; y se querria que fuese falsa una religion tan pura. No hay hereje á quien no parezca precepto imposible el de la castidad. ¡Qué horror, buen Dios, se debe tener á este pecado!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no hay vicio, cuyos efectos sean mas funestos; no hay pecado que precipite al hombre en mas profunda ceguera, ni le despena en mas fatales desórdenes. El descaro, inseparable de este vicio, no tiene otro principio que la ceguera; y esta es tanta, que el lujurioso ni ve la ruina de sus intereses, ni la de su honra, ni la de su familia. Ninguna pasion hace al hombre mas esclavo, mas brutal, ni hay otra cosa que le envilezca mas: el hombre sensual no se conoce á sí mismo, y apenas se diferencia de un animal. (*P. Bourdal.*) Aombra verdaderamente hasta qué punto llega á embrutecer este pecado: no hay interés que no desprecie; no hay honra que no sacrifique; no hay dignidad que no profane; no hay fortuna que no arriesgue; no hay amistad que no atropelle; no hay reputacion que no esponga; no hay ministerio que no manche; no hay obligaciones que no posponga al gusto de su pasion. ¿Qué caso se puede hacer de la religion de un impúdico? ó por mejor decir, ¿un impúdico puede tener mucha religion? No es el ateismo el que guía á la deshonestidad; la deshonestidad es la que precipita en el ateismo. No hay hombre desordenado en esta materia que no tenga el ánimo estragado y disoluto, que no haga vanidad de dudar de todo y de no creer nada. No se verá mujer profana y divertida que no se precie de lo que se llama espíritu fuerte, y de disputar sobre las verdades del cristianismo, porque á fuerza de disputar se quisiera persuadir á sí misma que no hay Dios; segun aquella bella sentencia de S. Agustin, que solamente dudan de que le haya aquellos que verdaderamente quisieran que no le hubiese. En los demás pecados el espíritu de tinieblas nos ataca como enemigo, nos solicita como tentador, nos sorprende como engañoso; pero en este nos domina como tirano. Tantos esclavos hay cuantos se cuentan rendidos á este desdichado vicio. ¿Y se hallan muchos que vuelvan á cobrar su libertad? ¿Qué pecado mas distante, al parecer, del arrepentimiento; y por consiguiente cual otro será mayor señal, ó uno como principio de la reprobacion? Con todo eso ninguno es mas comun: funesto principio, fatal origen de todos los azotes con que el Señor justamente irritado, castiga los reinos y las familias. ¡Qué horror se debe tener, y con qué vigilancia se debe vivir contra enemigo tan cruel y tan falaz! ¡Qué

precauciones se deben usar, qué desvelo! ¡Qué exactitud se requiere para conservar la inocencia! ¡Con qué cuidado se deben huir las mas mínimas ocasiones! ¡Qué mortificacion de sentidos! ¿Podrá uno vivir entre el regalo, entre la ociosidad, entre los placeres, y ser casto?

¡O gran Dios de la pureza! infúndeme tanto horror á este vicio, que antes lo sacrifique todo, antes muera mil veces, que tener la desdicha de caer en tal pecado. Acobárdame verdaderamente mi flaqueza, pero me alienta vuestra infinita misericordia. Confío únicamente en vuestra gracia, y espero que aplicando todos los medios para conservar mi preciosa inocencia, no permitiréis que jamás manche mi alma con tan fea culpa.

JACULATORIAS. — Hice pacto con mis ojos de que se habian de abstener de objetos peligrosos, para librarme de pensamientos deshonestos. (*Job 31.*)

Apartad, Señor, de mi imaginacion todo torpe pensamiento. (*Ecl. 23.*)

PROPOSITOS.

1 Es la impureza un horrible monstruo con quien parece que el mundo se ha domesticado, á pesar de los estragos, de las heridas que abre en el alma. Los lazos que arma son tan ocultos, y los prepara tan disimulados, que pocos desconfian de ellos. Este enemigo cruel tiene secretas inteligencias con nuestro corazon: sus saetas están doradas, mas no por eso son menos penetrantes: todas están envenenadas, y aunque sea dulce el veneno, siempre es mortal; y lo mas extraño es, que todos los sentidos contribuyen á introducir en el alma este veneno. Con verdad se puede decir, que todos ellos concurren á engañar al corazon, para que el pecado reine en él. Una voz dulce lleva consigo el veneno: el canto y la armonia ablandan el alma, y la van disponiendo para que se la pegue el contagio: los ojos son las ventanas por donde entra la muerte: para un corazon ya preparado todo es tentacion. Por eso se ha dicho tantas veces que el remedio mas eficaz contra este mal es la fuga. Aun los desiertos mas espantosos no son asilo seguro: ¿qué será entre el tumulto del mundo? Aplica todo tu cuidado, todo tu desvelo á ocupar, y cerrar las entradas á este enemigo. Está perpetuamente alerta contra las sorpresas de los sentidos: tenlos en continua esclavitud si no quieres ser esclavo de ellos. Huye las

frecuentes conversaciones con persona de diferente sexo: en ellas se procura que brille la discrecion y la gracia; ésta no brilla sin el fuego, y donde hay fuego hay humo. Vela sobre tus hijos y tus criados, porque los peligros son comunes á todos: no te concedas libertad alguna desordenada por minima que sea. La delicadeza de conciencia conserva la virtud: en este particular no te perdones, ni aun el mas mínimo descuido, y hasta la sombra del pecado te debe causar temor.

2 Cuida mucho de no tolerar en tu casa pinturas indecentes, libros lascivos, historias de galanteos, ni novelas. No hay cosa mas nociva que estos instrumentos, de que se vale el demonio para manchar el alma, despertando en ella la concupiscencia. Las imágenes desnudas que se representan en los cuadros, abren mortales heridas en el corazon: quema hoy mismo todas esas obras del espíritu lascivo, y no te escuses con que son de mucho valor, salvo que las estimes mas que á tu alma. En una casa cristiana todo ha de respirar piedad. Sobre todo, ten siempre un sumo horror á todo traje provocativo, á toda moda inhonesta, desterrándola de tu casa, y no sufriendola en tu familia. Basta que la religion la desapruébe, para que no la toleres tú. Ninguna cosa prueba tanto la desenfrenada licencia de nuestro siglo como esas modas escandalosas. Introdúcenlas por lo comun las comediantas; y esto solo debiera bastar para que las mirase con horror toda doncella cristiana y de vergüenza.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN AGABO, profeta, en Antioquia, del cual habla san Lucas en los Hechos de los Apóstoles.

SANTA FUSCA, virgen, y SANTA MAURÁ su madre de leche, en Ravena, las cuales en el imperio de Decio, siendo presidente Quinciano, padecieron muchos tormentos, y últimamente consumaron el martirio; muertas á estocadas.

SAN POLIEUTO, mártir, en Melitina en Armenia, que en la persecucion del mismo Decio, habiendo padecido muchos tormentos, alcanzo la corona del martirio.

SAN JULIAN, mártir, en Leon de Francia.

SAN BENIGNO, mártir, en Todes. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN GREGORIO II, papa, en Roma, que resistió con gran denuedo á la impiedad del emperador Leon Isaurico, y envió á S. Bonifacio á Alemania, á predicar el Evangelio.